

nos y los persas; ¿pero por qué no la escribieron los griegos y romanos que estaban cerca, no siendo probable que todos ignorasen un hecho tan extraordinario, si fuera cierto? ¿por qué no la escribieron los mismos judíos? Bien sé que entonces se escribía poco; pero entre los pocos libros que han venido á nosotros, nos han pasado otras noticias: ¿cómo no nos han comunicado esta la mayor de todas? Vos me ofrecéis veinte textos formales, y yo me contentaría con cuatro ó seis.

Pues, señor, yo puedo daros no veinte textos, no veinte autores, sino millares y millones, todos contemporáneos, que escribieron la verdad de la Resurreccion, no con tinta, sino con sangre, y la certificaron no solo á la última hora de su vida, sino entre los tormentos de la muerte; en una palabra, la innumerable tropa de judíos y gentiles que se convirtió con la evidencia de este milagro, de aquellos que le dejaron escrito á todos los siglos con su propia sangre.

Por ejemplo, Santiago entre los judíos por su conocida virtud habia merecido el renombre de justo; los escribas, viendo la conmocion que producía en el pueblo lo que decían los apóstoles de la Resurreccion, imaginan que Santiago, que gozaba de la mejor y mas general estimacion, no sería por su conocida virtud capaz de apoyar una mentira, y que bastaría que él la desmintiese para que nadie la creyera: van á hablarle, y le di-

cen que es necesario desengañe al pueblo, porque todos creerán lo que él diga.

Santiago no se explica; pero dice que está pronto á decir la verdad al pueblo; le hacen subir sobre un techo, y los escribas y fariseos le dicen desde abajo: Tú que eres justo, y el único á quien todos debemos creer, pues que hay otros que quieren engañar al pueblo con ese Jesus que fué crucificado, dinos la verdad. Entonces Santiago, levantando la voz, responde: La verdad es, que ese Jesus de quien habláis, resucitó, que ahora está sentado en el cielo á la diestra de su Padre, y que un dia debe volver á juzgar á los hombres. Muchos creyeron este testimonio tan público; pero los fariseos irritados le precipitaron abajo, y le hicieron morir. Me parece, señor, que este es un buen autor, que dejó escrito con su sangre un excelente texto.

Estevan tambien...—Yo le interrumpí: vos vais á hablar de los apóstoles y mártires; pero esto es volver al principio, y todo ese número no añade nada á vuestra prueba. Ese tropa era compuesta de los mismos discípulos de Cristo ó de algunos débiles que los creyeron. Yo no hablo de esas gentes; yo necesito de otra especie de testigos, de hombres que sean extraños, imparciales é ilustrados.—

Y bien, señor, no reñirémos por esto. Me conformo con vuestra idea, y desde luego doy po-

recusados á los apóstoles, á los evangelistas, á los discípulos, en fin, á cuantos siguieron á Jesucristo: consiento que su testimonio, aunque tan uniforme y tan constante, aunque dado á tanta costa, sea por ahora tenido por nulo, y que no estimemos mas que los extraños é imparciales que hayan podido hablar en esta materia. ¿Estais contento? —Sí, padre; y si me producís testigos de esta especie, que por su parte corroboren lo que dijeron los discípulos, me daré por vencido. —

Pues bien, señor, os tomo la palabra, y vos mismo los vais á encontrar presto; porque los discípulos, evangelistas y apóstoles eran un número muy corto, y los cristianos que se convirtieron, y no eran ellos, desde luego fueron muy numerosos, y los mártires innumerables. De aquí debéis inferir que los imparciales y extraños fueron muchos, y no se puede pensar que todos hayan sido precisamente débiles. Esta presunción sería por sí sola temeraria; pero lo es mucho mas cuando se considera que la mayor parte murió con una constancia heroica por defender con firmeza esta misma verdad. Sería muy ridiculo pensar que eran pusilánimes unos hombres que manifiestan un carácter tan relevante. Ve aquí un inmenso número de los testigos que buscáis, y que se agregan á los discípulos para persuadiros la verdad.

Si quereis alguna cosa mas determinada, tambien os la puedo dar. Voy á presentaros un au-

tor, que ciertamente no podeis recusar, pues no solo era imparcial y extraño, sino sabio y enemigo. Este es Saulo, que no habia visto ni conocido á Jesucristo, sino que profesor celoso de los ritos judaicos, por principio de religion perseguia con furor á los nuevos discípulos de Jesus. Este ardiente y fervoroso judío, haciendo el camino de Damasco, precisamente con el fin de ir á perseguir los cristianos, cae del caballo, dice que Jesucristo se le aparece, y en una palabra, se muda tanto, que al instante se hace uno de los apóstoles mas activos, publica la divinidad y la Resurreccion de Jesucristo, y acaba por convertir innumerables gentiles, de modo que él fué el que introdujo entre ellos la religion cristiana, y terminó su apostólica vida en los tormentos por confesar esta misma Resurreccion. Me parece que este es un testigo sin tacha, y que no hay por donde recusarle.

Yo pudiera presentaros tambien los muchos y grandes varones que ilustraron la cuna de la Iglesia: filósofos de toda especie, hombres de ilustre calidad, como los Policarpas, los Ignacios, los Justinos, los Ireneos, los Lactancios, los Clementes de Alejandria, los Origenes, los Tertulianos y otros muchos, que no solo la adornaron con sus virtudes, sino que la defendieron con sus sabios escritos. Algunos de ellos y sus apologías se han salvado del estrago del tiempo, y han podido lle-

gar á nuestras manos. ¿Y qué, señor, testigos y autores de esta especie no son dignos de crédito?

Para poder mostraros los muchos, grandes y sobresalientes ingenios que ha tenido la Iglesia en todo tiempo, seria menester referiros su historia. Pero ¿cómo es posible esconderse el rápido y progresivo movimiento con que fué siempre creciendo el cristianismo, pues el que existe hoy es un monumento visible del modo con que ha ido llegando hasta nosotros? ¿Y á qué se ha debido esta progresion tan seguida y caudalosa, sino á los nuevos milagros que hacian los apóstoles, á los que despues de ellos hicieron sus sucesores, y en fin, á los que se repitieron en los primeros siglos?

Porque debéis observar que cada siglo tenia sus convertidos, á causa de los milagros que veian. Por ejemplo, los del primer siglo, que no conocieron á Jesucristo, y que fueron discípulos de los apóstoles, como Ignacio, Policarpo y otros, se convirtieron porque vieron los milagros de sus maestros, que se decian testigos de la Resurreccion. Los del segundo, como Ireneo, Justino y los demas, se convirtieron porque vieron los de sus maestros Ignacio y Policarpo; y de este modo se fueron enlazando las conversiones de unos en otros, hasta el entero establecimiento de la Iglesia. El último milagro que se hizo estaba encadenado con una descendencia seguida y sucesiva con los que hicieron los apóstoles para per-

suadir la Resurreccion. ¿Y qué, señor, tantos testigos de unos milagros que los forzaron á mudar de ideas, y á sacrificar su vida por confesar la Resurreccion, no os parecen buenos textos para probarla?

Yo os he cumplido mi palabra; yo os he presentado en los judíos y gentiles convertidos millares de testigos, que vieron los milagros que los convirtieron, y que fueron autores prácticos que con su sangre escribieron con caracteres eternos é indelebles el de la Resurreccion. Y considerad la diferencia que hay entre los autores que os presento, y los que vos me pedis. Si yo os produjera veinte testigos formales de autores profanos, vos pudiérais decirme con razon que los unos estaban muy léjos del teatro para estar bien informados del suceso; que los otros no habian escrito sino por rumores populares, que la autoridad de aquellos es sospechosa, que el testimonio de estos es vago, que el sentido del tal pasage no es claro, que el del tal otro es equívoco, que tal autor no ha hecho mas que copiar á otro, que aquel era crédulo y estaba mal instruido; en fin, vos podíais hallar razones tal vez justas para debilitar el testimonio de todos.

Pero yo os presento no veinte, sino millares de autores de toda excepcion, sin que sea posible poner la menor de estas tachas á ninguno de ellos. Es verdad que ya no son profanos, porque se han

convertido, y se han hecho cristianos; pero un momento ántes de convertirse lo eran, y si han dejado de serlo, es porque han sabido ó han visto cosas que los han convencido. No podeis decirme que no eran contemporáneos, que no estaban bien informados, que escribieron por rumores populares, que estaban léjos del suceso: por el contrario debeis suponer que se instruyeron bien, pues pudieron y que la evidencia de la verdad los forzó á mudar de opinion, que cada uno era testigo del milagro que le convirtió, y que no se contentaron con creerlo y decirlo, sino que perdieron la vida por acreditarlo.

¡Ah, señor! cada autor escribe en su gabinete lo que quiere, y de ordinario se escribe con ligereza, sin profundizar mucho la verdad de lo que se escribe: basta que se pueda adquirir reputacion; pero no se procede así, cuando depende la vida de lo que se dice ó escribe, cuando es menester sellar con su sangre la verdad que se defiende. Yo creo sin dificultad, decia Pascal, á los testigos que se dejan degollar por no ofender la verdad: testigos que prefieren los tormentos y la muerte á la flaqueza de desmentir el hecho que han visto, tales testigos merecen ser creidos. En todos los demas puede haber mucho que rebajar, pero en estos no cabe engaño ni error.

Añadid ahora, que diez testigos oculares que mueren por sostener la verdad de un hecho que

dicen haber visto, son mas creibles que diez mil que quisieran negarle, y deben persuadir mas que cien millones que guardan silencio. Veinte textos de autores, aunque fueran juiciosos y verídicos, no deben hacer tanta fuerza como muchos pueblos de mártires; y el silencio de todos los historiadores, que es mudo, no pudiera ser tan elocuente, como un rio de sangre, que atraviesa los siglos, publicando siempre la verdad.

Peró yo tengo mayores ventajas, pues como habeis visto, este silencio no existe; y si todavía no os basta, si quereis que sean precisamente hombres que no creian en la Resurreccion los que hablen de ella, os citaré los innumerables autores profanos, que en sus historias cuentan la asombrosa firmeza con que los cristianos sufrian la muerte para confirmar su certidumbre. Pues no es dudoso que se les hacia padecer tantos tormentos, porque confesaban la divinidad de Jesucristo, fundados sobre su Resurreccion; y en verdad hablan de ésta los que refieren que se padecia por ella.

No solo los historiadores, sino los filósofos y los poetas han escrito desde los primeros siglos la constancia mas que humana con que los cristianos, hasta en el suplicio mismo, confesaban é invocaban á Jesucristo resucitado; conocian pues este prodigio. Así no se puede decir que han guardado un profundo silencio: y me parece que

os he probado sobradamente, que no solo puedo mostraros veinte, sino millares de autores, que eran profanos, y dejaron de serlo porque se convirtieron; y otros millares que, aunque no se convirtieron, no hablaron ménos de la Resurreccion que confesaban los cristianos.

—Confieso, Padre, que no sé qué deciros; vuestra sagacidad me embaraza. Vos me decís cosas que yo no sabia, y sobre que no habia reflexionado. Ya os he dicho, que yo no he hecho un estudio serio de estas materias; así no es mucho que á cada paso me cerreis la boca; pero yo quisiera veros entrar en batalla con hombres mas hábiles que yo, con un Voltaire, por ejemplo, ó con un Rousseau; ellos sabrian responderos.—
 ¿Qué, señor? Muchas fruslerías. Me tratarian con mófa y desprecio. Si hubiera testigos, dirian chistes picantes, ironías sazoadas; ¿pero qué podrian decir de sólido? ¿Cómo se puede resistir á la verdad? ¿Qué puede la superioridad de la elocuencia y del ingenio contra la masa irresistible de la conviccion? Seria mucha desgracia que el error pudiese alucinar con sus falsos resplandores, y que la pura y brillante luz de la verdad no pudiese deshacer sus prestigios falaces; pero gracias á Dios no es así. El error domina cuando no se le combate, y cuando las pasiones le dejan tranquilo en la posesion del trono que le forman; pero cuando la verdad aparece, di-

sipa los vapores del engaño, como el sol las nieblas de la noche, y el que no cierra los ojos y desea conocerla, no puede dejar de ver y sentir la hermosura de su puro esplendor.

—Pero, Padre, vuestras pruebas me hacen fuerza, mi razon queda convencida, no sé qué responder; pero mi corazon se resiste.... Cuando pienso en un Hombre Dios, en un muerto que se resucita, y en todas las consecuencias que esto trae, mis sentidos se amotinán, la sangre me bulle, todo se me olvida, y experimento una gran repugnancia.—

Eso es natural, señor. El entendimiento es hecho para ver la luz, y no puede dejar de verla cuando se le presenta; pero de la cabeza al corazon hay un espacio inmenso. Para que un hombre marche, no basta que el sol le muestre el camino, es menester que su voluntad quiera ponerse en movimiento, que haga un esfuerzo, y que se mueva; así no basta que la razon nos alumbre, es menester que se mueva nuestro corazon, y esto no lo puede hacer sino la gracia. Es verdad que Dios no la niega al que la pide, y ya es una muy grande haber convencido á la razon; ¿pero cuántos hay.... Estando en esto suena la campana, el Padre se va, y yo quedé sumergido en confusiones. Hoy estoy cansado de escribir. En mi primera te contaré las resultas. A Dios, amigo.